E. MIRET MAGDALENA

LAS DEBILIDADES DE UN CARDENAL

La prensa francesa se ha hecho eco de la muerte repentina del famoso Cardenal jesuita Jean Daniélou. Aquí, en nuestro país, no se ha producido el mismo impacto que ha tenido en Francia; sin embargo, el hecho en sí ha sido tan complejo y significativo que bien merecía un mayor comentario en España.

Todos, más o menos, conocen al Cardenal Daniélou. Un hombre erudito, activo, sencillo y modesto, que representó el avance religioso de la Francia de los años 50, cuando surgió la llamada Nueva Teología. *Conocedor a fondo de los escritos de los Santos Padres, aquellos grandes pensadores religiosos de los ocho primeros siglos de la Iglesia, supo dar un impulso teológico considerable al mortecino y aplastado pensamiento católico después de los tristes efectos de la desmedida represión intelectual llevada a cabo por San Pío X, el Papa enemigo del "modernismo". En esa época, lo mismo se condenaba a los mejores pensadores e investigadores católicos, como el filósofo Le Roy o el escriturista Lagrange, que se echaba el peso de sus sanciones canónicas contra los demócratas sociales dirigidos por Marc Sangnier, o suspendía "a divinis" —siendo Obispo el Papa Pío X— a los sacerdotes que se atrevían a hacer la "escándalosa" hazaña de montar en bicicleta.*

Aquel parón intelectual y pastoral tuvo largas y negativas consecuencias para la Iglesia, retrasando su puesta al día, después del fracaso de las tentativas renovadoras del siglo XIX, agostadas primero por el Concilio Vaticano I y después por la ausencia de visión filosófica del aristócrata León XIII, defensor de la pesada losa cultural que fue para el catolicismo el tomismo de estrecha observancia.

Sin embargo, cuatro grandes personajes fueron los pioneros del cambio que afloró en el Concilio Vaticano II. Los dominicos Padres Chenu y Congar, y los jesuitas De Lubac y Daniélou. Aquéllos todavía en la brecha, sin que sus años hayan disminuido el empuje intelectualmente renovador de sus posturas, y éstos encogiéndose ante el espectáculo transformador de lo que ellos mismos habían valientemente propugnado hace veinticinco años en la actitud teológica, ética y religiosa de los creyentes, que vivíamos asfixiados bajo el peso de las condenaciones de San Pío X y de sus complacientes y numerosos tiralevitas.

Orígenes, el máximo pensador de la Iglesia Católica, surgió como una tromba intelectual en el siglo III, y arrolló con su fuerza vital y su energía de intelecto los tímidos esfuerzos hechos por los pensadores cristianos anteriores. Sus discípulos fueron numerosos: el gran historiador Eusebio de Cesarea, el orador San Basilio Magno, el profundo San Gregorio de Nacianzo y el teólogo, lleno de hondura, San Gregorio de Nisa.

En nuestros tiempos, fue Daniélou quien más erudita y valientemente recogió muchos de estos puntos de vista en su obra, que tituló Orígenes. *Quizá ninguna otra es tan reveladora de esta postura abierta y sin complejos de temor que representó entonces este vivaz jesuita. "Orígenes —dice— es el primer pensador cristiano que haya apurado el esfuerzo de la inteligencia hasta sus límites extremos en la investigación del misterio". Y, contra los juicios severos que muchos eclesiásticos emitieron sobre este antiguo y renovador pensador cristiano, se atreve Daniélou a afirmar tajantemente que "nunca fue formalmente hereje".*

Antes del siglo XIII, ningún pensador cristiano había alcanzado, según Daniélou, tan profunda, nueva y amplia "visión del mundo".

Así de abierto era este futuro Cardenal. Pero, ¿qué le ocurrió para cambiar después del Concilio y volverse temeroso de las renovaciones que se hacían en la Iglesia?

Sus nuevos puntos de vista fueron reforzadores de la autoridad formal en la Iglesia, predicando un verdadero autoritarismo, adoptando una postura contra la renovación de la actitud religiosa y propugnando una religión populachera que más tenía de pagana que de cristiana; haciéndose el defensor de ese ambiguo cristianismo que se ha llamado el "catolicismo de masas".

Los mismos textos conciliares procuraba interpretarlos en el sentido más severo posible, y la crisis de la Iglesia posconciliar la enfocaba con ojos dramáticamente apocalípticos, sin ahondar en el proceso positivo que esta" autenticidad" tenía que producir en una Iglesia carcomida por la docilidad y la sumisión hasta la hipocresía, santo y seña que había presidido los últimos siglos del catolicismo, y muy particularmente el XIX y XX.

¿Qué proceso se había producido en el interior de este hombre, antes renovador y ahora inclinado a la severidad conservadora?

Todo ello revela la inseguridad actual de este Cardenal, quien al ver plasmada en una realidad la renovación querida por él, la repelió inconscientemente, ocultando, bajo capa de rigidez, la apertura vital que llevaba en el fondo inconsciente de su ser.

Porque no hay que pensar —ni antes ni después— que pretendiera una doble vida llevada a cabo conscientemente. Se trataba de aquel simple mecanismo de defensa freudiano que el gran maestro vienés llamó «transformación en lo contrario».

Así, son sospechosas, por ejemplo, las pudibundeces exageradas de las beatas, que revelan una instancia sexual reprimida inconscientemente y manifestada en una expresión contraria para ocultarse a sí misma la beata lo que lleva por dentro y no puede confesarse a ella misma. Al Cardenal Daniélou le pasaba lo mismo por causa de su inseguridad actual. Ocultaba su interior, demasiado abierto con estas exageradas posturas retrógradas, que parecían incomprensibles a quienes le habían conocido antes.

La mejor demostración es el final, extraño a los ojos corrientes, de su vida tan severa. La prensa francesa —incluso católica— no ha tenido más remedio que confesar la verdad de las circunstancias de su fallecimiento: el puritano Cardenal murió repentinamente, de ruptura de un aneurisma, en la coqueta habitación de una chica joven que trabajaba en un conocido cabaret de París (La Croix, *16 de junio 1974).*

La prensa escandalosa ha tomado pie de este hecho para montar unos reportajes sensacionalistas contra el Cardenal. Pero este análisis superficial es propio sólo para la galería. El hombre de hoy quiere ahondar mejor en los hechos, y no contentarse ni con los ataques maliciosos de los unos ni con las defensas exageradas de los otros.

Por eso, lo más lógico es pensar que estamos ante un ejemplo más de esa "transformación en lo contrario", que un día estalla y se manifiesta vitalmente contra todos los esquemas mentales protectores que ocultaban el interior real: igual que le pasa al protagonista puritano de Moira, *la genial novela de Julien Green, que describe el estallido erótico incoherente con su rígida postura. Y esto, independientemente del género de relaciones concretas que pudiesen unir a la joven cabaretera y al rígido Cardenal. Porque no hay que pensar que todo era necesariamente una vulgar relación sexual, propia de novela erótica. Pudo también quedar la cuestión sólo en una incoherencia con sus rígidas posturas verbales, y adoptar la abierta actitud de mantener un cristiano contacto espiritual no sólo con los "puros" de nuestra hipócrita sociedad, sino con los tenidos por "impuros" en ella. Y explicarse todo por lo que hacía el Jesús del Evangelio, manteniendo contacto con estos marginados de la establecida sociedad de su época; o lo mismo que San Juan de Sahagún hacía en Salamanca hace varios siglos, con la mayor naturalidad ,en los barrios de postitutas.*

Lo que sí sería esto —en uno u otro caso— es una demostración más de que los rigorismos religiosos, como los del Daniélou actual, son muchas veces manifestación de una postura inconsciente, menos cerrada de la que los rígidos extremismos verbales manifiestan. ■